
V

Segundo romance á Xarifa.—Paseos nocturnos.—Pick-nick.
Los templos.—Calle de Dumain.—Poesía.

HACIA en mi cuarto una mañana mi ejercicio de fiera, como apellida con gracia Martínez de Castro á los paseos entre cuatro paredes, cuando me llamaron de parte de Gomez del Palacio.

Este habia recibido la visita de M. Townsed, esposo de Xarifa y padre de una familia finísima que á Gomez y á mí nos colmó despues de atenciones.

Cora, la señorita mayor de la familia, habia estado en México, juntos habiamos admirado á la Ristori y habiamos visitado algunos lugares de los alrededores de México, de que hacia recuerdos deliciosos.

M. Townsed es un hombre muy perito en materias mercantiles, franco, generoso, finísimo yankee y de una conversacion de hombre de mundo, que entretiene é instruye.

Quedaron establecidas y ratificadas las bases de visitas y paseos, y yo envié á Xarifa la siguiente misiva, contestacion á una perfumada cartita que recibí de la lindísima Cora, en que me decía que con cualquiera de las aves que pasaban por la alta region en que yo habitaba, le enviara mis mensajes. . . .

Y para que conste. . . ahí suelto la copla, tal y como brotó de mi pluma :

SEGUNDO ROMANCE A XARIFA.

Avecilla pasajera,
 Deten tu vuelo fugaz,
 Que voy á darte un mensaje,
 Para una dulce beldad,
 Más hermosa que los campos,
 Por donde contenta vas,
 Y más blanca que la espuma
 De las olas de la mar.
 Sus cabellos, rayos de oro,
 De gacela su mirar:
 Y manando sus sonrisas
 De las perlas y el coral.
 Y el pajarito detiene
 Su vuelo. . . . y oyendo está :
 "Dile que un bardo que llora
 Penas del hado fatal,
 Pidió á su lira concertos,
 Y la lira muda está ;
 Que se lacsaron sus cuerdas
 Con su continuo llorar :

Pidió una flor á los campos
 De la juvenil edad,
 Y de su vejez los hielos,
 Malezas y espinas dan.
 Entónces confió á tus gracias
 Los ecos de su cantar,
 Como el que quiere, aunque en sueño,
 Llevar al cielo su afan ;
 Como quien busca un arrimo,
 Como quien pide un disfraz,
 Para besar una mano
 Con respetuosa amistad,
 Ya que hacerlo no le es dado
 Al tímido original."

Esto dije al pajarito
 Que tú conoces, señora,
 Para tu preciosa Cora,
 Y le dí el mensaje escrito.

Es muy cierto, verdad es
 Que el mensaje cortesano,
 Como no *pico* el inglés,
 Se lo dije en castellano
 Y él calló sin decir *yes*

Entónces con desconsuelo
 Mi voz atraerlo pretende. . . .
 Pero él exclamó : *no entende*,
 Y alzando rápido vuelo,
 El giro al espacio emprende.

Quedo yo expiando el delito
De mi ignorancia traidora:
Haz tú, Xarifa, con Cora
Las veces del pajarito.

Nueva-Orleans, Abril 9 de 1877.

GUILLERMO PRIETO.

A este y otros versitos juguetones contestaban Xarifa y Cora con chistes y con gracias de tan buen tono y tan llenas de delicadeza, que extendían mi cariño, criaban mi gratitud y convertían cada día en más profundo mi respeto á la familia entera.

La vida del hotel nos aburría, la comida nos tenía con la bilis en los labios: en una palabra, caía en nuestras almas la sombra de la nostalgia, encerrándose cada cual con sus penas íntimas temiendo molestar á los demás.

Entonces emprendió mi naturaleza descomunal batalla para no dejarse dominar y rendir por mi situación dolorosa.

Para los hombres concentrados; para esos para quienes el dolor encuentra en sus almas el silencio de la meditación, las ruinas del desengaño entre el hielo del pasado y la indiferencia por el porvenir, esa visita del *splin* se pasea como una tempestad sobre un arenal, como cae un rayo en el abismo de las aguas; pero cuando el dolor sorprende nuestro sér; cuando aun viven algunas ilusiones; cuando aun florecen algunos afectos; cuando aspiramos recuerdos en las flores de la tumba y cintilan estrellas en nuestro oca-so, esas invasiones del dolor nos quebrantan; esos relámpagos de desengaño nos deslumbran; ese desamparo estremece nuestros miembros, como las húmedas paredes de un sepulcro en que se nos enterrase vivos.

Yo me amaba con el amor de los que mi gratitud ó mi vanidad me hacían creer que lloraban por mí, los ecos que á mí llegaban hacían vacío en mi espíritu por su extrañeza, el hospedaje de la tierra era como limosna, el aire que llevaba los cantos del ajeno contento, hacía como sombra á mi espíritu para que volasen furtivos mis suspiros.

¡Cómo me sentía doliente y solo, en el desierto de mi alma!

Mis amigos Lancaster y Alcalde, con bondad infinita, me llenaban de noticias, inventaban visitas y excursiones para alentarme, como quien chiquea á un niño, como quien contempla á un padre.

Un domingo, Alcalde me dijo que le acompañase á un negocio al extremo de la ciudad.

No esperó mi respuesta, sino que me encasquetó el sombrero, y cátenme vdes. en vía de diversion.

Hicimos parada á la orilla del lago Ponchartrain.

¡Qué limpias y tendidas aguas! ¡qué risueñas orillas bordadas con los cortinajes que forman los bosques y los caprichosos accidentes de las lejanas colinas!

¡Qué pintorescas barcas de pescadores! ¡y cuántos vaporcillos, faluchos y buquecillos de vapor atravesando con pintorescas poblacionss en sus cubiertas, sus músicas y su aire de contento.

A la orilla del lago hay *restaurants* y salones espaciosos, tiros de pistola, juegos de bolos y lugares en que se expenden helados, bebidas refrigerantes, bizcochos y dulces.

Y todo esto animado por un gentío inmenso, porque el rasgo más característico de la mujer americana, sea la que fuere su clase, es ser eminentemente portátil.

A pocos pasos del paradero del ferrocarril está el puente de madera: á la entrada del puente un ciego pedía limosna, en tres idiomas alternativamente.

En medio del puente nos detuvimos á contemplar el lago, que es ciertamente magnífico.

La corriente de gente nos empujó á una puertecita de un jardín, á donde llegaban, ó por mejor decir, se descargaban los wagones y se declaraba el imperio de la gresca.

Unos caballeros vestidos con sus fracs negros, corbatas y guantes blancos y en los ojales del frac anchas tiras de listón con sus flecos de plata y oro colgando, nos expidieron los boletos, por cuanto vos se entiende, proclamándose en grandes rótulos que aquel era un *Pick-nick*, cuyos productos se dedicaban á un establecimiento de caridad.

Entramos y nos encontramos en el centro del jardín más bello que se puede imaginar: altísimos árboles, macizos de flores, toldos de enredaderas, fuentes bullidoras.

En toda la extensión del jardín había mesillas ó puestos de vendimias, y aparadores con frutas, dulces, objetos de modas, joyas, etc., como quien dice, tiendas provisionales, cuyo despacho estaba encargado á jóvenes de deslumbradora hermosura, pero como en competencia las razas.

La americana, alta, estrictamente ceñida, con grandes bucles, peinado colosal, ojos de cielo y cutis cristalino, un tanto de anguloso en las formas, algo de varonil en la conformación de las manos; y la criolla de color apiñonado, de ojos negros como abismos de pasión y de ternura, labios mandando besos y sonrisas, cabello encrespado sobre la tersa frente, y un conjunto muy semejante al tipo mexicano en su adorable perfección.

En el centro del jardín, en círculo extenso formado de un solo mostrador corrido, imperaba una especie de *bar-room* mixto, porque había sangrías, rompopes helados y compuestos de aguas de Seltz y Vichy, *sandwichs* y *candis*, ó sea dulces de todas clases, con petardos, y con preguntas y respuestas, con declaraciones amorosas, y con dulces disfrazados primorosamente de divertidos juguetes.

La servidumbre del establecimiento era espléndida, deliciosa; eran señoritas de privilegiada hermosura, tan listas, tan alegres, con sus largos delantales de lienzo como de nieve sobre la seda, cuajado el pecho de cadenas y joyas, corriendo, saltando y sirviendo á los marchantes en el mostrador mismo, ó en las mesitas colocadas bajo los árboles, ó entre los camellones de alta yerba y deliciosas flores.

A los extremos del jardín se veía en uno *un jacalito* ó casita campestre con este rubro: *Post-office*: era una oficina de correos en forma, con su despacho, sus sellos y su cuerpo de carteros. Allí se escribía para cualquiera de los concurrentes y la carta se encaminaba á la dirección, acudiendo los interesados por la respuesta ó esperándola de los carteros.

En el opuesto extremo se extendía amplísimo el salón de baile con sus ventanas rasgadas dando al jardín, y su sobresaliente música de viento.

Pero lo constitutivo de estos espectáculos, ó mejor dicho, lo que es el espectáculo en sí, es la concurrencia, tan bien vestida, tan alegre, tan persuadida de que el orden es una condición de placer para la gente civilizada.

Los niños en estas reuniones son lo que las aguas á los campos, lo que las aves cantoras á los aires, lo que al rostro

humano la sonrisa, lo que al jarrón de alabastro los ramos de flores.

¡Qué gusto en el vestir, qué alegría, qué soltura y libertad, qué correr custodiados por su inocencia y por el respeto y consideración universales; todas las manos se tienden para acariciarlos, todas las rodillas son su apoyo, en todos los regazos encuentran halagos!

—Esto es lindísimo, me decía Alcalde, satisfecho de haber ahuyentado mi mal humor: haga vd. sus apuntaciones; aquí traje papel; ¿y el lápiz de vd.? porque hay días que pierde vd. tres y cuatro.

—Estas son nuestras *jamaicas* en tafilete, le dije á Joaquín: ¿vd. no recuerda de nuestra tierra?

—Las que he visto, me contestó mi amigo, han sido reminiscencias, en las plazas de toros, en los paseos como la Pradera.

—Pues cuando yo era niño, ví una de esas *jamaicas* en el bosque de Chapultepec, contiguo á la casa de mis padres, como vd. sabe, que dejó en mí recuerdos imperecederos.

Ya vd. recuerda aquella glorieta del fondo del bosque formada de ahuehuetes gigantescos: ¿la recuerda vd. bien? recuerda su bóveda de ramas, de la que cuelga en chorros el heno y que se abre el centro descubriendo la bóveda del cielo? ¿Recuerda vd. las avenidas de esa glorieta con árboles magníficos, como naves de catedrales de indescrible majestad?

Yo todo lo estoy viendo: por entre los claros que dejan esos árboles, se descubre, ya la fábrica pintoresca del molino, ya la arquería de Anzures con los ojos de sus arcos, ya el castillo con su balconería, su jardín, y su conjunto como el

castillo que describe el Ariosto, accesible al caballo pálido engendrado por el aire y la llama; ya en un claro al Sureste, los volcanes, las serranías de Cuernavaca y de Toluca, y el tropel de palacios derramados entre los árboles en las pintorescas lomas de Tacubaya.

En esa lindísima glorieta se dió la *jamaica* dirigida por los hombres de buen gusto de la época, como Gonzalez Angulo, Gamboa, Olaguibel, el mayorazgo Guerrero, Tornel, Molinos del Campo y otros cumplidos caballeros.

La variedad de trages y lo selecto de la reunión, se prestaban á combinaciones y matices que no son posibles aquí. Allí habia fruterías, por supuesto señoritas de la más alta sociedad, con sus armadores de seda, sus enaguas de raso y de blonda; pero remedando á nuestras vendedoras.

Ya un grupo de inditas deliciosas vendían flores, procurando remedar los *cuatros* y el encogimiento de las Xochiles de Santanita y de Ixtacalco.

Ya bajo un puesto con su desplante aquel, y con su retoño y su tragín, estaba instalada una fonda para merienda, y las fonderas, cuajadas de perlas y diamantes, servían y regateaban, y hacían su papel como los demás.

Los hombres distinguidos, los pollos, lujo y decoro de los salones, eran allí dulceros, pasteleros, neveros, vendedores de licores.

En cada fonda rumbosa, en cada puesto, habia sus arpas, sus bandolones, sus dulzainas y sus flautas.

Se compraba con escuditos de oro, y la gracia se hacía estribar, en los chistes del comprador, en los fingidos dengues de las vendedoras. Veintimilla, Villaseñor, Mendivil y otros poetas improvisadores, hacían sus compras dirigiéndose en

verso á las vendedoras, que eran condesas y marquesas, con los trages de la florista y de la vendedora de tamales cer- nidos.

Así, platicando, entramos al salon de baile, que era una verdadera torre de Babel.

Americanos, franceses, ingleses, mexicanos, españoles, de todo habia, y el bello sexo, representante de todas estas nacionalidades, entablaba espontánea, no solo una competen- cia de lujo y de belleza, sino, lo que es más, de gracias, de amabilidad y de buen humor, verdaderamente hech- ceros.

La humanidad reía, amaba, danzaba y daba al diablo lo del Valle de lágrimas, convirtiendo la copa del dolor en re- bosantes copas de Champaña.

La tiesura de la inglesa, la voluptuosa indolencia de la criolla, la Sal de Jesus de la habanera, todo se ostentaba es- pléndido, incendiando al criollo, galvanizando al inglés, dis- trayendo al yankee y enloqueciendo al mexicano y al ha- banero.

Yo me habia sentado en una de las bancas del salon de baile, á corta distancia de una señora, dije mal, de una ver- dadera matrona, que por condescendencia con sus niñas es- taba en aquel lugar, sin atender ni ocuparse más que de sus hijos.

Morena, de correcto perfil su nariz, boca reducida y dis- creta, y los ojos más llenos de dulzura y bondad que pueden constituir el ideal del pintor.

Una preciosa niña corria del asiento de la señora, á donde yo estaba, cerca de la música, y como la mamá la llamaba y procuraba sosegarla, hablando en español. . . . yo encon-

tré el hilo de una relacion que me sugería mi viva simpatía por aquella modesta familia.

Pero la señora, aunque de muy finas maneras, tenía un as- pecto de melancolía y de gravedad, y no obstante mi valor civil, no me permitía contestaciones como con Clarita la de San Francisco California.

En una de las escapadas que se dió la niña del regazo ma- terno, pasó tan cerca de mí, que la retuve para hacerle un cariño.

—¿Cuál es tu nombre, mi vida?

—Julita . . . para servir á vd. . . .

—¿Y tu mamá?

—Julia tambien, y papá chico, Federico Miranda.

La señora llamó á la niña, y yo me quedé á oscuras, aun- que resuelto á contraer amistad. Ocurrióme, como si fuera lo más natural, valerme de la estafeta *ad hoc* de la entrada; dirigíme allá, pedí papel, esgrimí el lápiz y sobre la rodilla escribí:

A JULIA.

Gracias mil te debo á tí,
Que halagando al corazon,
Me forjas una ilusion
De la tierra en que nací.
Te quise, desque te ví
En el salon en que brillas
Con tu ángel en las rodillas. . . .
Una voz dijo: "Española."
Yo clamé: "No es una sola
La perla de las Antillas."

Puse mi firma al calce de ese desatinado verso cerré la carta, pagué el porte, dí las señas y me quedé á esperar resultas fuera del salon, con la impaciencia y con las inquietudes de un pollo enamorado. Yo habia dado y tomado que se trataba de una señora habanera, y sin más ni más me vino la idea de que habia de tener noticia de mi nombre, lo que era una solemne fatuidad; pero, bueno así pasó y así lo quiero consignar.

Esperaba con suma inquietud, repito, la respuesta de mi misiva cuando ví á la señora salir del salon solo falta, dije, que se me aparezca por aquí un marido como un tigre y me dé un rato delicioso

Pero, no, señor; la señorita se dirigió hácia mí con suma amabilidad, y me dijo sin titubear:

—Señor Prieto: el Sr. Lic. Quintero, que es nuestro amigo y favorecedor, se habia comprometido á presentar á vd. en nuestra humilde casa; si vd. no tiene inconveniente, me anticiparé yo á los deseos de toda mi familia, de quien es vd. muy conocido por sus obras, y por ser el más íntimo de los amigos del Sr. Quintero.

Pero todo esto lo dijo Julia con tal señorío, con tal gravedad y compostura, que yo balbutí algunas palabras, presenté mis excusas, y no hubo remedio, tomé á uno de los niños de la mano y me dispuse á acompañar á la señora.

Antes de partir busqué á Joaquín, que se me habia tras-papelado: á poco que entramos al jardin, lo distinguí á lo léjos en un círculo de habaneros y franceses, haciendo uso de la palabra entre palmoteos, copas y regocijo estrepitoso.

Los niños saltaban jugueteando en los prados, las parejas

de amantes se paseaban en las calles de árboles, desde donde se distingue el lago; los consumidores de la *jamaica* ocupaban las mesitas sembradas en todo el jardin, y por la gran puerta y las amplísimas ventanas del salon, se veian, entre olas de seda, de flores y de plumas, torbellinos de jóvenes y mujeres celestiales, como flotando en los raudales de armonía que brotaban de la orquesta magnífica.

Salí con Julia y sus preciosos niños del jardin, y á poco tiempo hacíamos pié en una tabaquería de apariencia comun de la calle de Magazine.

La armazon como una escuadra, el mostrador como una gola, la lamparilla ardiendo, el reloj de palo puntual y en las tablas de la armazon un boquete desde donde puede cuidar el mismo que fabrica los tabaquillos.

Cerca de las puertas que forman ángulos, grandes mecedoras de bejuco y en una de ellas sentada una señora de abierta y simpática fisonomía, no obstante las huellas que habian dejado en ella hondos sufrimientos: en la otra, una jóven hermosa; pero tanto tanto, tan pálida é inmóvil, que la habria creído un cadáver si no hubiese tenido abiertos sus lindísimos ojos.

Los niños, ántes de llegar, se desprendieron de Julia y de mí, y á carrera tendida, dando saltos y armando bulla, penetraron á la tabaquería é invadieron las rodillas de la señora, se encaramaron en la silla y la ahogaban á besos y caricias, mostrándole sus dulces y juguetes.

—Federico! Federico! clamó Julia llamando á su hermano: aquí te traigo á una visita

El caballero á quien hablaban estaba en mangas de camisa haciendo sus puros, y buscaba su levita para salir